

Teresa Carbó\*

# Lectura y sintaxis en análisis de discurso (Una reflexión teórico- metodológica)

El lenguaje significa.  
Tal es su carácter primordial.

É. Benveniste

## PREÁMBULO

*Esta publicación se presenta con el ánimo de ser discutida con colegas y especialistas. En ese sentido puede considerarse un documento preliminar, aunque ello sea en realidad un tanto absurdo. ¿Quién osaría ofrecer hoy un texto como definitivo sobre algo? Aparte, es tiempo de que Discurso se constituya en un auténtico foro de discusión y análisis. La letra impresa, lo publicado, no ha de impresionarnos más de lo debido. Servirá, confío, para que otras voces se sumen a la reflexión sobre estos temas. Pienso en los colegas de la Red México de Analistas de Discurso y en los de ALED (Asociación Latinoamericana de Estudios del Discurso), aunque no sólo en ellos.*

\* Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, SEP.

*El trabajo es una versión ampliada y reformulada de la ponencia que con el mismo nombre presenté en el Primer Coloquio Latinoamericano de Analistas de Discurso en Caracas en febrero de 1995. La totalidad del argumento (allí incluida la formulación literal de extensas partes) y varios de los ejemplos empleados provienen de Carbo 1995. Sin embargo, ya que la vida es tan corta y ese libro es tan largo (así dicen que habría respondido André Gide a la pregunta de si había leído a Proust), y puesto que me estoy adentrando en el estudio de la lectura como proceso semiótico, me interesó hacer conocer en particular las partes que tratan de la lectura, de la sintaxis y del uso metodológico que de ellas he hecho en análisis de discurso.*

*Con posterioridad al encuentro de Caracas tuve el beneficio de dos excelentes lecturas: la de Fernando Castaños y la de Víctor Manuel Franco Pelletier. Este texto, sin embargo, recoge pocas de sus agudas y estimulantes sugerencias. Después de casi un año de planear una nueva versión con todo lo que entonces trabajé con cada uno de ellos, decidí hacer caso de su coincidente recomendación en el sentido de publicar el texto cuanto antes y más o menos en la forma que ellos conocieron. Aquí está, en consecuencia.*

*La posdata recupera algunas de sus observaciones principales, confiando en que la previa lectura del artículo permitirá reconstruir algo de lo que fueron dos espléndidas sesiones de trabajo. Leyeron también la ponencia en su versión inicial Mabel Piccini y Frida Villavicencio, quienes me dieron una generosa aprobación. Con motivo de su lectura, Frida observó, de manera bastante memorable, que los viejos y grandes temas de la lingüística parecían ser los grandes y nuevos temas del análisis de discurso. Por último, quisiera saludar con este texto a Carlos Pereda, porque él dice creer que yo sé leer.*

## I. SOBRE EL DISCURSO Y SU ANÁLISIS

EL DISCURSO, TERRITORIO Y MATERIA DE LA ESCENA significante, es para nosotros, humanos, experiencia constitutiva de la condición de sujetos. El discurso: un concepto que, dotado de verosimilitud empírica, es asimismo (o quizás ante todo) el resultado de un trabajo teórico y de un conjunto de operaciones de observación. ¿Cómo se configura, por qué medios actúa, dónde reside el discurso? ¿Qué cosa es, en realidad? Las respuestas son numerosas. Desde diversos puntos de vista, todos construimos nuestro propio objeto de análisis.

Para el grupo francés, tal como ellos trabajaron el concepto, el discurso ofrecía, en su naturaleza singular (lingüística pero no sólo de ese carácter) una instancia específica y novedosa. No texto, no simplemente ni nada más el manejo de unidades analíticas superiores a la oración, aunque vinculado a todo ello, el concepto de discurso establecía el punto de articulación entre una sociedad dividida en clases confrontadas y una lengua cómplice que se proponían denunciar con método científico.<sup>1</sup>

Su recelo fue el mío. ¿Quién no ha experimentado la dura certeza de que la lengua no es inocente? Vivimos arrojados al riesgo del habla; a la escena, en suma, puesto que la escena enunciativa marca el momento en que el sistema de la lengua deviene discurso. El discurso: lengua, lenguaje puesto en acto. Hombre, sociedad y lenguaje son indisociables (Benveniste 1976:180). Así, el rasgo primordial de ese sistema semiótico de incomparable eficacia (Jakobson 1976:92) es su capacidad para significar. Tal como lo dice con toda sencillez el

<sup>1</sup> La bibliografía del grupo es ya inabarcable. Quisiera solamente señalar algunos títulos (de teoría o análisis) que me parecen desafiar el tiempo con particular interés. Como conjuntos de artículos: Achard *et al.* (eds.) 1983 y Conein *et al.* (eds.) 1981; desde luego, todo Pecheux (1978a y b, 1980, 1981, 1983, 1984); también Pecheux y Wesselius 1973 y Conein y Pecheux 1982; asimismo Slakta 1971, Maldidier 1971, y los números 13, 23, 37, 41, 52, 55, 62 de *Langages*, la revista foro del grupo.

epígrafe que abre estas páginas, esencial en el lenguaje es su poder significante.

En mi experiencia de análisis de variados y amplios *corpora* que sustenta la argumentación que sigue,<sup>2</sup> la perspectiva de la lingüística estructural clásica se integró sin disonancia con una concepción materialista de los procesos sociales de comunicación e intercambio verbal.

Desde un punto de vista teórico y metodológico, el concepto de discurso con el que trabajo considera que la lengua no es una dimensión aislada o sobreimpuesta a lo social ni intrínsecamente dependiente de otros órdenes de la realidad, diferentes de lo lingüístico, a los que se podría reconocer con más facilidad una solidez o autonomía (típicamente la esfera de lo económico o lo político). Postulo entre la lengua y los demás hechos sociales una relación bidireccional y de recíproca determinación. De allí se sigue la observación de que ciertos ámbitos de la realidad social tienen una naturaleza básicamente verbal.

Aunque la aclaración sea quizás redundante, diré que, sin extender la capacidad constitutiva de la lengua hasta el punto de hacer desaparecer la realidad concreta y visible del mundo (el punto en el que, podría decirse, todo es lenguaje o, en este ámbito, todo es discurso) parece innegable que hay un conjunto de espacios de la realidad social cuya materialidad es de naturaleza predominantemente verbal.

Entre ellos se cuentan los escenarios de lo político, de la ciencia, de la educación, la administración o de los aparatos estatales. Por ejemplo, el discurso político

<sup>2</sup> Exhibiré mis credenciales como hablante: a lo largo de los años y con un enfoque como el que presentaré, he analizado diverso material discursivo: de la derecha militante en México, del presidente en funciones y, extensivamente, de la Cámara de Diputados, allí incluido un homenaje cuasi racista a los grupos étnicos nacionales en el contexto de la Segunda Guerra Mundial (véanse Carbo 1984, 1988, 1992 y 1995). Asimismo, el discurso periodístico sobre el terremoto de 1985 (Carbo y otros 1987) y un reordenamiento constitucional sobre la población indígena en el periodo de gobierno que acaba de concluir (Carbo Ms. en prensa).

unipersonal o “de autor”, ya se trate de un discurso de tipo doctrinario o programático; o de un discurso de movilización inmediata o de argumentación con fines electorales; también el debate político bi o multipersonal; el diálogo en contextos formales y públicos o informales y privados; el discurso jurídico, litigante o no; la interacción verbal en situaciones de enseñanza y aprendizaje; la práctica religiosa, incluyendo actividades rituales privadas (la confesión en la iglesia católica) o públicas a nivel de la congregación (los testimonios personales en numerosas denominaciones bíblicas), además del sermón o la argumentación doctrinal y la exposición catequística, entre otros. La enumeración es prescindible a la vez que imposible. Vivimos inmersos en una multiplicidad de prácticas discursivas diferentes.

Se trata, en resumen y para el caso de este texto, de una concepción de la lengua como proceso social con modalidades específicas dentro de un sistema mayor de relaciones sociales (materiales y significantes) que el mismo lenguaje contribuye a crear y consolidar. Si los productos verbales son prácticas y relaciones significantes entre agentes sociales, es posible postular que los principios estructurales de esas prácticas discursivas no son quizás de un orden del todo diferente del que rige en el ámbito de otras, más convencionalmente consideradas sociales.

Será preciso advertir que esta aseveración no se formula como tajante. No estoy postulando la existencia de una identidad entre los principios rectores del sistema lingüístico y los del orden social, sino sólo la noción de un grado de homología entre sistemas, idea empleada hace mucho tiempo por los formalistas rusos en su estudio de la “correlación entre series de diferente naturaleza” (véase, por ejemplo, Tinianov y Jakobson 1970).

Lo esencial del argumento es que, concebida la lengua como fenómeno en sí social, y observado el carácter constitutivamente verbal de numerosos órdenes de lo social, podemos postular una suerte de coextensividad

entre un espacio político dado y su realización discursiva. O, para decirlo en una formulación menos categórica, lo social, lo político y lo verbal constituyen la dimensión discursiva como hecho complejo que no es sólo lingüístico sino semiótico en sentido propio.

Se sigue asimismo que el estudio de la producción verbal originada en un cierto lugar social es un estudio que no sólo ilumina a la lengua, a sus estructuras constitutivas y a las condiciones de su uso, sino que esclarece además y de manera no marginal el tipo de relaciones sociales que allí imperan y que la lengua expresa a la vez que contribuye a realizar y a constituir. De hecho, el discurso, como fenómeno complejo y al menos doblemente determinado, es el espacio de encuentro de diversos órdenes significantes y el terreno en el cual también las fisuras y contradicciones quedan irremediablemente contenidas. Por lo tanto, lo discursivo es asimismo y casi por necesidad el espacio en el cual ha de realizarse (en primera instancia al menos) un análisis de naturaleza lingüística que se interroga sobre la sistemática no inocencia de la lengua en uso entre los hombres en sociedad.

Así, por ejemplo, cabe preguntarse a qué orden o nivel lingüístico remite la sustitución de la frase nominal con la que se designó en primera instancia una institución gubernamental para la población indígena como "Departamento de Educación y Cultura para la Raza Indígena" (1921) por la de "Departamento de Educación y Cultura Indígena" (1923). Sin duda, no se trata sólo ni en primer lugar de reglas gramaticales o de estilo, sino que a través de ellas se expresa y realiza una decisión cuyo fundamento es político antes que lingüístico.

Estamos hablando de la confianza en la viabilidad de un trabajo que, a través de una lente de análisis lingüístico, describa la manera en la que los sujetos o los grupos sociales actúan por medio de su producción verbal. No se trata, y es quizás otra vez reiterativo des-

tacarlo, de la búsqueda de una correspondencia término a término entre el nivel social o político y un supuesto nivel exclusivamente lingüístico. En un cierto sentido, no hay tal nivel exclusivamente verbal puesto que, aunque la materialidad significativa de los procesos discursivos es verbal (lo que la hace susceptible de un análisis lingüístico), lo social permea todos los niveles de ejercicio no individual de la lengua. Además, es visible que en la puesta en acto de lo verbal participan también otros sistemas semióticos. El análisis de la configuración y uso de los discursos particulares ha de contemplar las condiciones de producción de éstos dentro del marco amplio de la lengua, y a ésta a su vez dentro del espacio social.

En análisis de discurso, estas reflexiones se relacionan con el tratamiento de la noción de contexto de lo verbal y su conversión teórica en un concepto de otro carácter y alcance, tema en el cual el grupo francés de análisis automático del discurso ocupa un lugar destacado (véase Pecheux 1978a:262 y ss). Las condiciones de producción de un discurso dado constituyen un espacio de ocurrencia cuya relación con el discurso no es sólo de exterioridad. Por el contrario: ellas son una de las dimensiones propiamente constitutivas de un hecho discursivo. Es claro, además, que hay una compatibilidad casi necesaria entre una concepción materialista de la estructura social y una modalidad de análisis lingüístico que considera a las condiciones de producción del material verbal y a dicho material mismo como parte constituyente del orden de lo social.

Más allá de los datos comunes de la lengua como sistema, la acción verbal de un secretario de estado, de un dirigente sindical o de un legislador tienen, para el análisis de discurso y según la concepción de lo lingüístico y lo social que hemos sugerido antes, características y significaciones diferentes, entre sí y con respecto a la producción verbal de cualquier otro hablante que ocupe una posición diferente dentro de esa determinada red de relaciones sociales.

Observando el indigenismo mexicano en su dimensión discursiva, podemos preguntarnos por ejemplo cómo es posible que en 1952 la asamblea en pleno de la Cámara de Diputados sancionara con aplausos un turno de habla que concluía prometiendo que la agencia indigenista cuya creación estaba a debate (el Patrimonio Indígena del Valle del Mezquital) habría de "liquidar a los indios incorporándolos a nuestra patria y a nuestra familia" (Carbó 1984:103). Se trataba en este caso, aunque no solamente, de la laxitud del monitor ideológico que caracteriza a los legisladores como hablantes con fueros verbales especiales. Formulaciones bastante menos aberrantes están de hecho proscritas en el habla de un ciudadano común que no goza de fueros parlamentarios ni, sobre todo, está encomendado a la tarea explícita de polemizar.<sup>3</sup>

Lo anterior descarta, ciertamente, una concepción personalista de los sujetos hablantes o una noción de habla libremente individual. Lejos de ello: nos hallamos por definición ante desempeños discursivos que se producen a partir de lugares estructurales de (inter)locución, primordialmente definidos por el cruce de líneas de fuerza y poder que los atraviesan. Hablante es, podría decirse, quien puede o debe realizar ciertas conductas verbales y no otras. Algo semejante, con variaciones de interés en cuanto a complejidad y acallamiento de las contradicciones, ocurre con la producción discursiva de las instituciones en tanto tales. De hecho, desempeñan un papel crucial en el discurso, como construcción semiótica que participa de fenómenos lingüísticos diferentes de la oración (no sólo en escala), tanto su propio

<sup>3</sup> Además de ello, nuestro análisis detecta información explicativa del fenómeno tanto en el contexto inmediato de ocurrencia de dicha frase, como en restricciones constructivas en el nivel de la forma oracional. Con respecto a lo primero, diré que se trata de un último turno, previo a la votación, por boca de un hablante que interviene en pro del proyecto legislativo, que es de origen presidencial; con respecto a lo segundo, que un formato textual previo de paralelismo y oposición con respecto a la política indigenista norteamericana ha "atrapado" al hablante en una cierta estructura sintáctica y, sobre todo, con tan desafortunada selección léxica. Para mayores detalles, véase Carbó 1984:103-107.

objeto discursivo como sus personajes particulares. Allí se configura un fenómeno nuevo cuya materialidad es social, verbal e imaginaria.<sup>4</sup>

Luego entonces, todo hecho discursivo está al menos doblemente determinado; por un lado, por sus condiciones históricas de producción; esto es, por las fuerzas, presiones e incluso significados que provienen de esas condiciones de ocurrencia, o, como puede también decirse, de la coyuntura sociopolítica y la correlación de fuerzas que definen el territorio (ideológico, institucional, espacial, temporal e incluso verbal, en cuanto a estado de la lengua) en el que se produce ese hecho discursivo.

Por otro lado, por el conjunto de reglas (explícitas o no, y no sólo verbales) que en un tiempo y lugar dados presiden y definen esa práctica discursiva como tal, es decir, como específica y diferente de otras. De igual modo y a la inversa, la manera, la forma misma en la que se desenvuelven los procesos políticos en el discurso estará también afectada por las restricciones propias de la modalidad discursiva en la cual dichos procesos se llevan a cabo, y por las condiciones discursivas pertinentes para ese espacio de habla.

Así, por ejemplo, se explica la completa ausencia de debate en el proceso de creación del Departamento de Asuntos Indígenas durante el periodo cardenista en 1935: nos hallamos ante un poder legislativo que, con motivo de la crisis Calles-Cárdenas, ha sido recientemente depurado de elementos opuestos al presidente. La cautelosa renuncia a la palabra por parte de los legisladores sobrevivientes de la purga expresa con harta elocuencia el callado peso de la coyuntura polí-

<sup>4</sup> Esta última dimensión, que introduce en el discurso las representaciones imaginarias (o anticipaciones recíprocas) de sus actores (Pêcheux 1978a:48-49), como preguntas implícitas que presiden la actuación de los hablantes, me parece una contribución particularmente interesante del grupo francés de análisis de discurso. Otro tanto ocurre con el tema de los lugares y las situaciones de discurso, sociológica e históricamente definibles, y su conversión en posiciones, representaciones imaginarias dentro del discurso.

tica nacional en la forma misma del proceso discursivo (Carbó 1995:264-266).

Es decir, dada una función o necesidad o tarea política que se realiza de manera predominantemente verbal, la manera en la cual ello se produce varía si su realización discursiva tiene lugar, por ejemplo, en la forma de un discurso unipersonal proveniente de un punto alto en la estructura burocrática (declaraciones oficiales de un secretario de estado) o en un encuentro dialógico o polémico, múltiple y cara a cara (debate parlamentario) o en la forma de un acto constitucional y jurídicamente definido como relación entre diferentes poderes del estado (informe del jefe del ejecutivo ante el congreso).<sup>5</sup> Una misma función o necesidad (la de crear consenso en torno a una o varias medidas de gobierno, si fuera el caso) se realizará de diferente manera según la escena discursiva en la cual acontezca.

En consecuencia, el estudio de un fenómeno discursivo debe por principio prestar cuidadosa atención a la manera en que las condiciones de producción del hecho discursivo, es decir, las fuerzas históricas, políticas y sociales que subtienden en un caso dado, se juegan e interrelacionan con las formas de discurso a través de las cuales se efectúa y cumple esa función político-social; se construye y se llena ese espacio institucional. El olvido de uno de estos dos polos generadores de tensión y sentido, o el sobredimensionamiento de uno de ellos, no sólo contradice un postulado básico del análisis de discurso como disciplina teórica, sino que garantiza la imposibilidad de explicar una serie de fenómenos, los más interesantes diría, que ocurren precisamente en

<sup>5</sup> En 1988, con motivo del último informe presidencial de Miguel de la Madrid, se suscitó un escándalo político en virtud de lo que era formalmente sólo una pequeña transgresión reglamentaria a las normas del sistema interaccional vigente para el tipo de evento discursivo: el insistente acceso de un senador de la oposición a turnos de habla de carácter ilegítimo, esto es, no concedidos por las autoridades de sesión. En una dimensión pragmática y política, el desafío a la incuestionabilidad de la persona y la palabra presidencial era obvio y resultó muy irritante para el partido en el gobierno. Ello marcó simbólicamente el inicio de esta turbulenta época del presidencialismo mexicano.

esos delicados puntos de confluencia y confrontación de órdenes diversos y para los cuales tanto el análisis lingüístico a secas como la ciencia política o la historia por sí solas carecen de una explicación satisfactoria.

## 2. LITERALIDAD Y LECTURA

El supuesto metodológico que acompaña a dicha mirada sobre lo social y lo verbal es que los fenómenos que se producen dentro de esos espacios son analizables con una metodología cuyos componentes básicos provienen del análisis lingüístico, aunque sin duda se trata de un análisis que se inscribe en el horizonte "ampliado" de una lingüística cuyo objeto es todo cuanto atañe al lenguaje (Benveniste 1977:32).<sup>6</sup>

El principio explicativo al que se acude no reside sólo en el sistema lingüístico, aunque, sin duda, lo presupone. La explicación opera, más bien, expandiendo los datos del sistema lingüístico hacia el campo, no lingüístico en sentido estricto, de las acciones, hechos y procesos que en la lengua y por medio de ella se realizan en un espacio social complejo. Lo que ese sistema de interpretación se pregunta es qué se está haciendo al decir, o cómo se dice lo que se dice al hacer lo que se hace.

El hacer discursivo adquiere el perfil del decir, de lo dicho, lo efectivamente dicho por un cierto hablante en un tiempo y un lugar determinados. La intervención discursiva se produce en una escena compleja que no

<sup>6</sup> Fernando Castaños (comunicación personal ya citada) me ha señalado la necesidad de insistir en el concepto amplio de lo lingüístico con el que estoy trabajando. En efecto, una serie de fenómenos que acostumbran considerarse pragmáticos, caben para mí sin dificultad teórica ninguna en la concepción extensa de la lingüística que Benveniste formulara. En cualquier caso, el señalamiento es pertinente puesto que, ampliando la materia de lo lingüístico (y, sobre todo, explicitando esa ampliación), la sintaxis, a la que me referiré más adelante, ocupa necesariamente otro lugar. La prominencia metodológica que otorgo al nivel sintáctico, no sólo no excluye lo pragmático sino que se alimenta de esa dimensión. *Cfr. infra* la observación de Jakobson sobre la dimensión semiótica de la sintaxis.

es jamás intercambiable, e ingresa en un cierto espacio interdiscursivo tal como ha sido proferida. Portará para siempre en su materia misma el trazo de su historia. Lo anterior es crucial en cuanto a método pues de allí se sigue la necesidad de preservar la literalidad de los productos discursivos.

En efecto, partiendo del postulado de la coconstituidad social y lingüística de los productos discursivos, es claro que los rasgos propios de la configuración verbal de los productos discursivos constituyen una fuente preciosa de información para el análisis. El respeto de la literalidad de lo dicho, tal como ha sido dicho, es una dimensión central del tipo de análisis que práctico.<sup>7</sup>

En cuanto a la normalización de los materiales, propongo la sistemática preservación de la trama sintáctica de los materiales verbales y su atención y análisis casi literales, en un tratamiento de tipo manual. La manera estricta y exacta en la que un hablante formula su discurso desde un cierto lugar de habla es, no sólo un elemento constitutivo de ese discurso como fenómeno complejo, sino asimismo una senda necesaria para el análisis. Contribuye al interés de la preservación de lo dicho lo que Barthes ha llamado el “principio de hojaldre” que estructura el discurso. “Un hojaldre de sentidos que permite al sentido precedente subsistir, como en una formación geológica; decir lo contrario sin renunciar a lo contradictorio” (Barthes 1986:57). Estoy convencida que es precisa la escucha literal de formaciones así de complejas.<sup>8</sup>

<sup>7</sup> Debo a un trabajo de Eliseo Verón (1971:154) la primera (y durante muchos años única) observación sobre la importancia de la literalidad de los productos verbales que se someten al análisis, unida a la recomendación metodológica de su preservación. La lógica de su argumento con respecto a la ignorancia en la cual se encuentran en un primer momento el análisis (y el analista) con respecto a los lugares posibles de ocurrencia de los fenómenos discursivos (“ideológicos” en el léxico de su tiempo) conserva, estoy convencida, su vigencia teórica y metodológica. Sobre la literalidad puede verse también Carbó 1989.

<sup>8</sup> En un registro también de lo comestible aunque hablando del texto, Barthes (1987:158) emplea la metáfora de la cebolla: “organización a

Es sabido que, por su parte, el grupo francés de análisis de discurso consideraba imprescindible la automatización del “registro de la superficie discursiva” en virtud del volumen de material que iba a tratarse (Pêcheux 1978a:174). Ciertamente, la normalización transformacional del material de análisis propuesta por ellos contaba con el antecedente ilustre del maestro Zellig Harris (1952), autor de la frase nominal “análisis de discurso” y del intento pionero en la disciplina que marcó profundamente los primeros ciclos de ésta. El problema metodológico que emanó de ese texto clásico, en el que la conversión de todas las oraciones a un mismo formato canónico se acompaña de interesantes reflexiones metodológicas sobre las tareas de manejo de su material por parte del analista (texto que es hoy mucho más citado que leído), reside a mi juicio en que la normalización funciona como un análisis en sí; no como un paso previo sino, de hecho, como un análisis que, además, no controla su pertinencia con respecto a la forma original del material.

Mi postura, sin renunciar a la información de un *corpus* amplio (experiencia que no es sustituible por otras vías y que desempeña un papel fundamental en el “aguzamiento” del oído del analista), persevera en un tratamiento manual, aunque éste no es exhaustivo sino que se encuentra, quizás, más próximo a lo sintomático.

Ahora bien, ¿cómo manejar *corpora* amplios sin normalización y preservando la integridad literal de los textos? Sostengo que ello es posible por medio de un uso metodológico de la lectura.

La lectura, actividad preciosa como pocas, es conceptualmente difícil y elusiva. Sugiere un objeto que no se deja atrapar. Por lo demás, los atrapados somos nosotros, los lectores —seres “prendados”— dice Barthes (1987:35). Confesaré esa condición de manera inequí-

base de pieles (niveles, sistemas), cuyo volumen no conlleva finalmente ningún corazón, ningún hueso, ningún secreto, ningún principio irreducible, sino la misma infinitud de sus envolturas, que no envuelven otra cosa que el mismo conjunto de sus superficies”.

voca (soy desde temprana edad una lectora cautivada), sin intentar dar mi propia "lectura" de un tema de tal dificultad. Diré solamente que la investigación que aquí se presenta descansa sobre el intento de un uso metodológico de la lectura.

Esa decisión se asocia, sin duda, al gozo de comprender, que la lectura proporciona; a su función de placer, que es fundamental. Dice Raúl Quesada (1993:2-3): "El acto de lectura es, entre otras cosas, un acto que responde a nuestra necesidad de comprender el mundo que nos rodea, a nuestra necesidad de recibir un mensaje preñado de sabiduría. Aunque la sabiduría, ya lo insinuó Sócrates, pueda estar, a su vez, preñada de ignorancia". No obstante, es asimismo el núcleo del método que este estudio emplea frente a productos de tipo discursivo, en el seno de una empresa disciplinaria: la lingüística.

"Lo sintomático" he dicho antes; la selección léxica no es azarosa. En efecto, además de una desconstrucción sintáctica de la trama textual de los productos discursivos (sobre la que hablaré enseguida), la lectura analítica que propongo descansa sobre una suerte de deliberada distracción, una escucha casi "flotante", como la del psicoanálisis que, siendo ligera, se propone también ser perspicaz.<sup>9</sup> El psicoanalista, decía el maestro Benveniste, escucha "los desgarrones del discurso" (1976:78).

Me atrevo a reclamar para la lectura en el tipo de análisis de discurso que practico una afinidad profunda con esa disposición de escucha. En ese carácter, la lectura representa, ante todo, una herramienta teórica en una empresa de pensamiento; un método que se experi-

<sup>9</sup> Dice Barthes en 1971: "(...) hay que llegar a concebir (en un sentido más metafórico que analítico) de qué manera pueden enunciarse contradictoriamente la profundidad y la ligereza del significante; pues, por una parte, el significante no es 'profundo', no se desarrolla de acuerdo con un plan de interioridad y de secreto; pero, por otra parte, ¿qué se puede hacer con ese dichoso significante que no sea sumergirse en él, bucear lejos del significado, en la materia, en el texto" (Barthes 1987; 96-97; subrayado del autor).

menta y al que se apuesta en una labor de desciframiento que no se propone "quebrar" el código sino transcurrir por él. Se busca una lectura atenta, consciente de que casi cualquier cosa puede ser significativa. Esto la obliga a construir en el análisis una mirada que se desliza sobre el material tocando con suavidad los lugares posibles. En ocasiones, allí están. Añadiré de inmediato, sin embargo, que si la sintaxis señala los lugares posibles en dónde preguntar, es siempre la historia quien custodia las respuestas (Carbó 1984:12).

En términos teóricos, la llamada atención flotante ha sido descrita como un movimiento de vaivén entre la neutralidad y el compromiso, el suspenso de la orientación y la teoría (Barthes 1986:251). Se persigue un sentido que es "testarudo e huidizo" (Barthes 1986:51). "De este desplazamiento surge, para el psicoanalista, algo así como una resonancia que le permite 'aguzar el oído' hacia lo que es esencial... Lo que se considera un elemento importante... es un término, una palabra, un conjunto de letras que remite a un movimiento del cuerpo: un significante" (Barthes 1986: 251-252). Lo que la práctica de la lectura ofrece no es el sentido al fin capturado, sino algo mucho más difícil de precisar, un estado de gracia quizás, puesto que "(...) escuchar es ponerse en disposición de decodificar lo que es oscuro, confuso o mudo, con el fin de que aparezca... el 'revés' del sentido" (Barthes 1986:247).

En ese proceso, la mirada es parte esencial de esta disposición ante el objeto. "En la lectura se juega la mirada con la que contemplamos el mundo", dice Quesada (1993:2). Barthes, por su parte, escribiendo su lectura de Sarrasine, tal como ésta se plasma en *S/Z*, describe su intento como una filmación "en cámara lenta" (1987:36). Leer es inseparable de mirar, desde luego. Pero además, el oído, tanto como el ojo, es textual "(...) la escucha contiene en potencia la metáfora que mejor conviene a lo 'textual': la orquestación (palabra de S. M. Eisenstein), el contrapunto, la estereofonía" (Barthes 1986:50, nota 2). El *film*, demandaba



Eisenstein tal como es citado por Barthes, no sólo debe ser mirado y escuchado, sino también *escrutado* con oído atento. Y añade: “esas maneras de mirar y escuchar no se limitan evidentemente a postular la aplicación del espíritu (ruego trivial o piadoso deseo) sino que más bien postulan una auténtica mutación de la lectura y su objeto” (Barthes 1986:67, subrayado del autor).

Varios temas teóricos de interés se asocian en este panorama conceptual; entre ellos, desde luego, el riesgo de la subjetividad en la aplicación de una práctica como la lectura dentro de un trabajo de carácter científico. Ese temor —que martirizó a los analistas franceses— se asemeja, me atrevería a sostener, a una fantasía narcisista. Otros autores han advertido ya el filo problemático de la relación entre lectura y teoría. Nuevamente Raúl Quesada (1993:20) observa: “tenemos que tener en cuenta la posibilidad de que la reflexión sobre la lectura traiga consigo un cuestionamiento de la noción misma de marco teórico de referencia. Tenemos que considerar la posibilidad de que la lectura esté preñada de una ignorancia tan básica que ponga en cuestión nuestro conocimiento. Después de todo, como decía Valery, ‘la ignorancia es una riqueza demasiado grande como para ignorarla’”.

Según Barthes, es claro que no existe tal cosa como una lectura individual o “natural” (Barthes 1987:42). “Escuchamos como leemos, es decir, de acuerdo a ciertos códigos” (Barthes 1986:243). La cita, como siempre, merece más extensión: “(...) toda lectura deriva de formas transindividuales: las asociaciones engendradas por la literalidad del texto (por cierto, ¿dónde está esa literalidad?) nunca son ... anárquicas; siempre proceden de determinados códigos, determinadas lenguas, determinadas listas de estereotipos. La más subjetiva de las lecturas que podemos imaginar nunca es otra cosa sino un juego realizado a partir de ciertas reglas” (Barthes 1987:37).

Queda fuera de los límites de este trabajo una refle-

xión sobre el tema de la lectura “como actividad” (Jitrik 1984) y, ante todo, como labor (humana) de “inteligencia” (Barthes 1986:245). Barthes, sin duda, ha producido una serie de textos sobre la lectura, sobre su práctica de ella y sobre su escritura del leer, que son un don del talento y la generosidad: “interrogar a mi propia lectura ha sido una manera de intentar captar la *forma* de todas las lecturas (la forma: el único territorio de la ciencia) o, aún más, de reclamar una teoría de la lectura” (Barthes 1987:35; subrayado del autor). Con gusto sus textos sobre el tema serían leídos íntegramente en este trabajo puesto que requieren escucharse en el grano de la propia voz y, de hecho, no pueden sino evocarse con cierta extensión.<sup>10</sup> Configuran una cautivante y certera experiencia teórica sobre el leer, acto siempre impregnado de deseo y placer —o de asco (Barthes 1987:42). Se lee con el cuerpo, desde luego (*idem*), en una disposición de escucha de la que el riesgo no está ausente.

El tema, por otra parte, no carece de actualidad ni de riesgo. La lectura desempeña, puede postularse, una función de síntoma con respecto a la sociedad contemporánea; habla de lo que se llama la cultura y su fragilidad. Noé Jitrik (1987:15) ha observado que la reflexión sobre “esa actividad social tan obvia que es la lectura” pone pronto en evidencia la complejidad “de un elenco de temas, problemas y situaciones ... Hablar sobre la lectura ... implica poner sobre la mesa vastos temas filosóficos, desde el de la capacidad humana de crear códigos hasta el de la insidiosa capacidad social de dirigir su comprensión”. De hecho, el tema, dice el autor, “tiene que ver con un modo de ser de la cultura contemporánea, por tantos motivos amenazada. En el

<sup>10</sup> Entre ellos, los títulos que siguen: “El discurso de la historia”, temprano como 1967 (en Barthes 1970), “El tercer sentido” (de 1970, en Barthes 1986:49-67), “Escribir la lectura” (también de 1970, en Barthes 1987:35-38), “De la obra al texto” (1971, en Barthes 1987:73-82), “Sobre la lectura” (1975, en Barthes 1987:39-49), “El acto de escuchar” (1976, en Barthes 1986:243-256), además del imperecedero texto “El susurro de la lengua” (1975, en Barthes 1987:99-102).

fondo, discurrir sobre la lectura es instalar un aparato de defensa" (Jitrik 1987:16; véase también Jitrik 1984).

Sin duda, pienso; pero, además, proponer la lectura en análisis de discurso es luchar por la revaloración, en el quehacer científico, de antiguas herramientas del pensar humano, olvidadas casi, y cuyo poder iluminador sin embargo no ha sido hasta ahora superado. Defender la lectura es luchar por el placer y por un lugar legítimo para éste en el territorio del saber compartido. La investigación es un efecto del gozo y el amor. Las grandes tareas críticas, proclama Barthes (1987:268) hablando de Brecht, no excluyen el placer.

### 3. SINTAXIS Y DESCONSTRUCCIÓN TEXTUAL

El estudio que sustenta este texto descansa sobre la práctica de los principios arriba esbozados que, en términos metodológicos, pueden también formularse de esta manera: así como la propia competencia de hablante es una herramienta de juicio gramatical en ciertas versiones de la lingüística contemporánea, de igual modo la lectura, alimentada por la delicadeza analítica que proviene de un reconocimiento del valor constructivo de la sintaxis, constituye el núcleo de un fructífero método en análisis de discurso.

Es claro que la expresión "delicadeza analítica" puede parecer convenientemente imprecisa. Se relaciona, en mi uso, con lo que Jakobson llama *awareness*: un estado de alerta, un tipo de atención hacia el lenguaje en el que se combina la percepción de las múltiples funciones de un texto con la aprehensión de su integridad (Jakobson 1981:753).

El desafío teórico-metodológico que propongo no es más que recuperar explícitamente las habilidades y operaciones que se implican en nuestra propia competencia lingüística, comunicativa e ideológica, de las que se hace un uso deliberado y sistemático. Dentro de las habilidades propias de cualquier hablante nativo, incre-

mentadas por el efecto acumulativo del curso del propio trabajo, la lectura, como herramienta de análisis lingüístico, ocupa un lugar central en el proceso de delimitación y selección de fenómenos a partir del conjunto amplio e indiferenciado de la totalidad del *corpus*. El enfoque postulado es, pues, sencillo: acude fundamentalmente a la lectura y el análisis sintáctico de una literalidad discursiva cuya densidad semiótica se reconoce histórica y verbal, significante en múltiples niveles.

Sin duda, existe una variedad de fenómenos de significación contextual e interaccional que enriquecen lo estrictamente dicho y lo acompañan por medio del recurso a modalidades expresivas indirectas que no imprimen una marca o una determinación estructural a la forma de la expresión léxica o sintáctica, sino que operan por la vía de una significación suprasegmentalmente formulada, que puede incluso contradecir la literalidad a la que acompaña.

Sin embargo, estoy convencida que la trama sintáctica del lenguaje proporciona el fundamento estructural para la ocurrencia de una serie amplísima de fenómenos discursivos delicados y complejos, apenas visibles a veces, que en algún punto de su configuración y movimiento tocan la estructura sintáctica y, por lo tanto, pueden ser detectados o inferidos a partir de ciertos rasgos de ésta. Formulada en otros términos por los autores de la lingüística crítica (Hodge 1990, Hodge y Kress 1988 y 1993), es una convicción que comparto con dicho grupo.

En mi caso, la confianza en la sintaxis tiene una filiación evidente: Roman Jakobson, el maestro de la "poesía de la gramática"; alguien que, 70 años más tarde, evoca el placer de sus estudios infantiles: horas y cuadernos de declinaciones en los que el poder cautivador de la estructura del lenguaje se hacía presente con particular intensidad, mientras el maestro aprendía los casos en su clase de gramática rusa (Pomorska 1981:11). El concepto de "figura de gramática" (Jakobson 1981:89) captura con exactitud el tipo de mirada que, observando

el ejercicio del lenguaje (no sólo literario) percibe el orden del sistema, los principios y elementos constructivos que, en el nivel de la sintaxis, hacen a la lengua florecer. La manera en la cual Jakobson habla de la gramática delata en él al hombre arrobado por el lenguaje.<sup>11</sup>

Como lingüista, una porción importante de su obra teórica y analítica versa sobre el aspecto gramatical del uso del lenguaje, en todos sus niveles y manifestaciones, subrayando siempre la función estructural que los fenómenos sintácticos desempeñan en el tipo y estilo de los mensajes. En ese espacio teórico, además, se tejen complejas relaciones entre lo referencial, lo cognitivo y lo lingüístico, puesto que la sintaxis, señala el maestro en una observación que es singularmente pertinente para el análisis de discurso, pertenece al campo de fenómenos lingüísticos que franquean el límite del lenguaje y son comunes a otros sistemas semióticos (Jakobson 1981:35).

Desde esa mirada, una serie de rasgos de los productos verbales pertenece al campo de los "logros" de la sintaxis (Jakobson 1981:91). Sustentan la producción de paralelismos y contrastes las interrelaciones entre equivalencias y distinciones sintácticas, morfológicas y léxicas; también diversos tipos de contigüidad, similitud, sinonimia y antonimia (*idem*). Entre las categorías gramaticales que tienen una función constructiva de lo textual, se encuentran prácticamente todas las partes del sistema, tanto las fijas como las variables: número, género, caso, tiempo, aspecto, modo y voz; selección léxica (palabras abstractas o concretas, animadas o inanimadas); apelativos y nombres propios; afirmación y negación; formas verbales; pronombres personales y artículos (definidos o indefinidos) (Jakobson 1981:93).

He allí la senda de una estructura elemental, el "esqueleto radiografiado" de la forma de lo dicho en el material discursivo, sucesión de perfiles peculiares sobre

<sup>11</sup> En "Linguistics and Poetics" (Jakobson 1981:47), el maestro habla de *gorgeous grammatical tropes and figures* (subrayado nuestro).

los cuales ha de posarse el análisis, con mano y escucha delicada. Sin duda, algo ocupa el lugar del sujeto gramatical, si el sujeto no está tácito, y si lo está, ello señala una ausencia; el verbo principal predica algo de ese sujeto; los complementos agregan información acerca del mismo, información que está jerárquicamente ordenada a su vez; los conectivos establecen vínculos entre oraciones de diferente nivel; las oraciones incrustadas lo están dentro de otras que son más amplias y extensas. Esa red y su descripción en por lo menos algunos de sus elementos es la perspectiva adoptada por un análisis de discurso que quiere evitar tanto la trampa del contenido como el aplanamiento de los materiales que se implica en la normalización de los mismos.

Así, un dato relevante puede ser, en principio, casi cualquier punto de estructura sintáctica. Las unidades que componen ese tipo de datos son de tamaño y condición diferente: una flexión verbal, una palabra, un párrafo, incluso todo un parlamento. Tampoco en este caso es posible un inventario cerrado; los datos se construyen como tales a partir de ciertas operaciones sobre el material. Nos enfrentamos, en realidad, a los fenómenos de una significación que se mueve y se constituye en múltiples puntos. Es claro, por otra parte, que si el nivel sintáctico indica los lugares posibles en donde buscar, no los agota ni puede dar plena cuenta de una significación cuyo rasgo más característico es una condición elusiva y, en cierto sentido, fugaz.

En términos metodológicos, la literalidad no requiere inmovilidad; simplemente implica que si una oración aparece en los materiales en un orden que no es el habitual en español, por ejemplo con el verbo al final de la misma y después de un complemento circunstancial, el material que se somete al análisis es en primera y básica instancia exactamente esa estructura.

El mismo principio se aplica a muchas otras estructuras sintácticas, sobre todo aquellas que involucran transformaciones y que podrían invitar a una normalización previa a su análisis: voz activa y voz pasiva, eli-

siones, oraciones de relativo, tematizaciones y otros. Sólo después de que esas estructuras han sido aprehendidas en su formulación literal como datos de los que es preciso dar cuenta en tanto tales, pueden proseguir las operaciones analíticas en las que, desde luego, la aplicación inversa de las transformaciones ocupa un lugar destacado.

Enunciaré brevemente algunos asuntos metodológicos que se asocian a lo antes dicho y que no pueden ser tratados en la escala de este trabajo. En primer lugar, el tema de la exhaustividad en el tratamiento del *corpus*, requerimiento clásico en las versiones iniciales de la disciplina. Junto a ello, y en ausencia de normalización previa de los materiales, la necesidad de su segmentación en unidades analíticas delimitadas con criterios uniformes y explícitos. Asimismo, el establecimiento de niveles, jerárquicos e interdependientes, en el conjunto de los fenómenos discursivos que se estudian como hechos semióticos no azarosos. Y, desde luego, el proceso de selección de indicadores analíticos a partir del reconocimiento de que la totalidad de la estructura sintáctica de los hechos discursivos es, al menos en principio, un lugar potencial para la ocurrencia de fenómenos discursivos de interés.

Señalaré solamente que los niveles del análisis lingüístico, tal como los postula el maestro Benveniste (1976:118-130), son mi referencia fundamental en esta dimensión. "La noción de nivel nos parece esencial en la determinación del procedimiento de análisis. Sólo ella es adecuada para hacer justicia a la naturaleza *articulada* del lenguaje y al carácter *discreto* de sus elementos; ella sola puede permitirnos, en la complejidad de las formas, dar con la arquitectura singular de las partes del todo", dice el maestro (Benveniste 1976:118; subrayados del autor). Y añade más adelante: los niveles como construcciones teóricas son operadores del mismo análisis (Benveniste 1976:121); esto es, además de constituir niveles en el objeto, son también modalidades de tratamiento del mismo.

El tema del o los criterios empleados para la segmentación del material en unidades analíticas requiere asimismo atención. El diseño teóricamente fundado de principios de segmentación es de suyo difícil. Implica, entre otras cosas, una noción no sólo empírica de las unidades dentro de un sistema dado, y de lo que constituye una frontera entre las mismas. La aplicación de tal concepto en un nivel dado es tributaria de un complicado juego entre identidad y diferencia a fin de establecer los límites reales de las unidades de manera sistemática y regular. El análisis de discurso que propongo no está exento del compromiso de una solución coherente a este problema. Además, allí se pone en juego un asunto epistemológico del que no puedo ocuparme en esta exposición pero que es crucial, no sólo en las ciencias del lenguaje: la manera en la cual una empresa de investigación convierte su información en datos, y además, en datos relevantes.

Diré que en mi trabajo, y con los principios aquí consignados, he logrado operar de manera no casuística; esto es, con criterios de segmentación que son homogéneos y replicables. A través de la escucha y la lectura (impregnadas sin duda de una formación lingüística) se logran perfilar y tratarse como tales unidades analíticas que son específicas a cada uno de los niveles constitutivos del objeto, a la vez que regulares dentro de ese mismo territorio. Aunque es claro que en el discurso nos enfrentamos a fenómenos de extensión y estatuto variados, sucede también que el análisis detecta, por medio del contacto cercano con su objeto de análisis, las bases para el establecimiento de los criterios de su segmentación que, reitero, no son cambiantes de texto en texto.<sup>12</sup>

Dentro de la lectura (a la que se asocian otras capacidades como son la comprensión, la memoria, la asociación y la síntesis), se inscribe una serie breve de operaciones analíticas que provienen de la lingüística.

<sup>12</sup> Una discusión de estos temas metodológicos puede verse en Carbó 1995:116-144, de donde en gran medida proviene este texto.

Empero, quisiera subrayar que es la lectura, esto es, la escucha de los materiales en su literalidad verbal, la que proporciona el territorio (teórico tanto como metodológico y empírico) en donde se desenvuelven los hechos (efectos, datos) discursivos que el análisis debe tratar; la lectura es ese diálogo tenue que se produce entre el analista y su objeto de estudio después de una prolongada convivencia. Diríamos que el material significante, la lengua, configurada en textos que son gestos de naturaleza no sólo comunicativa, habla; y lo hace de maneras diversas. Sólo los resultados analíticos y descriptivos de una determinada escucha, como forma de volver inteligible o quizás más evidente el valor de ciertos gestos, pueden dar fe de los logros alcanzados, que serán siempre parciales, desde luego. Por lo demás, la lectura es una tarea plural.

#### 4. CUANDO LEER ES HACER

Si intentara presentar, de manera sistemática y comparable, el tipo de proceso que se implica en lo que llamo lectura, diría que en primer lugar está el sentido casi literal de la palabra. En efecto, todos los materiales que componen el *corpus* son leídos, materialmente leídos por el analista tantas veces como ello es posible. La aplicación perseverante de esa rutina pone en evidencia el grato fenómeno de que suficientes lecturas vuelven dócil a casi cualquier material. En efecto, la sucesión de lecturas y relecturas permite que ciertos rasgos de la configuración verbal de los materiales se destaquen o aíslen en el flujo del discurso. No quiere decir esto que se los identifique desde el primer momento como particularmente relevantes, sino que parecen, en principio, reclamar un escrutinio más detallado.

La primera operación analítica es escuchar el contenido proposicional de cada texto, aunque no de manera sustantiva. Es obvio, no obstante, que el contenido proposicional del material constituye un componente im-

prescindible del análisis como un todo. Lo que el texto dice acerca de aquello de lo que habla proporciona el terreno natural para la ocurrencia de los efectos discursivos, y en esa medida se da casi por supuesto.

El espíritu que rige este proceso de lectura es el de una atención concentrada y ágil sobre los rasgos de la lengua en uso. La lectura, o escucha, procura entregarse a la materialidad de las palabras dentro de una determinada trama verbal que las teje en la producción de ciertos efectos de significación. La relativa extrañeza de esos efectos de sentido destaca sobre el fondo de la familiaridad que el analista ha adquirido con su material después de las sucesivas lecturas. Es claro que esta forma de aproximación a los textos, designada como lectura y a la que sin duda presupone, es prácticamente coextensiva con lo que se consideraría el análisis en sentido propio. Como proceso complejo que es, esa lectura convoca e integra en su transcurso una diversidad de operaciones analíticas e interpretativas, y es por ello también que se deja capturar con dificultad en la enunciación clara de pasos ordenados.

A continuación se somete a los materiales a una serie de operaciones de descomposición que se proponen destacar algunos de los rasgos lingüísticos (sintácticos, semánticos o pragmáticos), que se presumen indicadores confiables de fenómenos ideológicos, discursivos o interaccionales de carácter complejo. El anterior es un punto que merece destacarse: la selección de ciertos indicadores lingüísticos no prescribe la exclusión necesaria de otros. Más bien, invita la ocurrencia de estos otros, sobre la base de una exploración metodológica que aspira a la apertura del repertorio de operaciones posibles sobre el material.

El hilo conductor del tratamiento lingüístico manual que se aplica a los materiales reside en gran parte en la búsqueda de indicaciones o rasgos verbales que, desde la configuración lingüística de los hechos discursivos, delatan la presencia de fuerzas, corrientes y tensiones activas en el momento de la escena discursiva. De igual

modo, en la observación de las operaciones de ajuste que el peso de dicha coyuntura obliga a efectuar para que lo que está sucediendo allí y en ese momento histórico encuentre un lugar dentro del espacio que el género o la modalidad discursiva canónica prescriben como correcto para un determinado tipo de producto o desempeño textual.

Si el discurso, como decíamos, es constituido según sus condiciones de producción, el análisis busca manualmente esos efectos de naturaleza discursiva que se realizan en una dimensión verbal. La búsqueda, sin embargo, requiere apegarse a la materialidad de los productos textuales que componen el proceso discursivo, a fin de eludir el delirio posible de una "omnisignificatividad" del conjunto de rasgos constructivos de esos textos. La frontera entre delirio y método, se ha dicho, es difícil de trazar.<sup>13</sup>

En términos generales la forma y el lugar de ocurrencia de los fenómenos lingüísticos son criterios básicos. Dentro de la forma de un fenómeno se incluyen datos que provienen de las opciones ofrecidas por el sistema de la lengua (inclusión u omisión de elementos no obligatorios o, en general, la selección de ciertas alternativas llamadas estilísticas).

Dentro de lo que llamamos lugar, se contempla el lugar, el momento textual de ocurrencia de un hecho lingüístico (partes iniciales o partes finales; partes prescritas por la forma genérica o partes "libres"), aunque también se observa, en algunos casos, el lugar intraoracional conferido al fenómeno que se analiza. Se trata aquí del valor discursivo del orden de los componentes sintácticos en lenguas como el español, que permiten tantos y tan sutiles matices expresivos dentro de un sis-

<sup>13</sup> "El delirio de la razón suele estar en la base del trabajo de laboratorio, en el diseño de encuestas y entrevistas, en los protocolos de observación, en las cuantificaciones de los datos. La teoría social, como sabemos, produce en muchos casos artefactos sociales, y aunque sus técnicas pretendan garantizar una aproximación controlada a la realidad, no se salvan, en muchas ocasiones, de ser 'fabulaciones del mundo'", dice Mabel Piccini (en Zires *et al.* 1961:23).

tema de orden preferente (asunto apasionante que no indagaremos en este trabajo; véase al respecto, Villavicencio 1995). Diré que mi experiencia con materiales discursivos percibe importante la topicalización en general, como recurso lingüístico que subraya a la vez que instituye pesos relativos diferentes a partes del discurso.

Sin embargo, un solo fenómeno no proporciona información categórica, del mismo modo que ninguno de los indicadores, tomado en aislamiento, lo hace. Por el contrario, es sólo la suma de evidencias diversas, realizadas en niveles diferentes del fenómeno global, lo que permite el análisis en sentido propio.

Las decisiones arriba sugeridas centran el análisis de manera preferencial sobre algunas dimensiones discursivas: aquellas que desde la teoría del discurso se anticipan cruciales. Son las que realizan, ubican, delimitan y constituyen a los actores que participan en un evento discursivo que, por definición, está atravesado por relaciones de poder. Asimismo y por idéntico motivo, también las formas discursivas de expresión y construcción de relaciones entre dichos actores, relaciones que pueden ser de diferente carácter (desiguales o no, simétricas o no, por ejemplo). La lucha entre participantes o, en el sistema presidencialista mexicano, la cooperación casi reverencial con uno de ellos puede realizarse en datos tan sencillos como la forma dada a un complemento de objeto indirecto o la omisión de un sujeto agente. En ese tipo de fenómenos reside, me atrevería a decir, la materia misma del discurso y de su análisis.

En su mayor parte, los indicadores provienen del nivel sintáctico. Es razonable, sostengo. Se ha señalado que la escena que se instaura con la enunciación permite el ejercicio de las categorías fundamentales de la lengua (Barthes 1987:32), de las grandes funciones sintácticas (Benveniste 1977:87-88). Persona, voz, modo, entre otros fenómenos lingüísticos, adquieren el valor de indicaciones dramáticas. Asertivo, interrogativo, impe-

rativo instauran relaciones, reales o fingidas, entre los interlocutores. El desempeño de los hablantes, su construcción ante sí y ante los otros exhibe un conjunto de rasgos peculiares: los que su propia palabra testimonia. La sintaxis traza un diseño que además de estratégico es indeleble.<sup>14</sup>

Una vez que el material ha sido leído con perseverancia, y algunos de los rasgos de su configuración verbal se han hecho particularmente visibles, lo que sigue es el intento de mover o desplazar de manera exploratoria esos rasgos constructivos de carácter enigmático dentro del mismo material verbal en el que han ocurrido. Se los reinserta en contextos diferentes y más amplios, intentando una explicación de ellos, no sólo en sus efectos ideológicos o políticos, sino en su misma configuración verbal. En general, diríamos que en varios momentos de la interpretación a lo largo de nuestro trabajo los niveles tienden a confluir y a unirse nuevamente en un espacio de explicación múltiplemente determinada que es requerida por el carácter complejo del objeto de análisis.

Por ejemplo, si uno de los fenómenos así detectados fuera una estrategia textual que parece inusual (un tipo de argumentación extendida y persuasiva, digamos, como fue el caso de la propuesta cardenista de creación del Departamento de Asuntos Indígenas), una primera pregunta sería la de cuál era la situación política en la que esa propuesta se generaba. La respuesta quizás sería la de una opinión pública adversa a la creación de instituciones gubernamentales especializadas en cuanto a su población meta. Cabría también aproximar el mismo fenómeno a otros territorios de interpretación, por ejem-

<sup>14</sup> Con respecto a la sintaxis y hablando de la construcción de *Fragments de un discurso amoroso*, Barthes dice lo siguiente: "Para proteger ese discurso que se hacía en nombre del 'yo', cosa que es, con todo, un riesgo, mi arma de protección más grande fue la lengua pura, incluso diría precisamente, la sintaxis. Sentí hasta qué punto la sintaxis podía proteger al que hablaba. Es un arma de doble filo porque también puede ser un instrumento de opresión, y lo es muy a menudo ..." (Barthes 1983:295).

plo, los antecedentes institucionales de la agencia cuya creación se proponía. Lo que allí quizás aparecería sería el hecho de que anteriores instituciones indigenistas habían estado inscritas en el ámbito de la Secretaría de Educación Pública y que por consiguiente la nueva institución, con funciones amplias de coordinación intersecretarial, estaba efectuando un giro ideológico y político bastante drástico.

Si nos encontramos frente a material de carácter oral e interactivo, los recursos pueden variar ligeramente pero el enfoque es en esencia el mismo: la inserción sucesiva y exploratoria del fenómeno dado en contextos explicativos que den cuenta de su fisonomía peculiar. Aunque parezca sorprendente, el método funciona y arroja resultados de interés. Con frecuencia, sin embargo, es necesaria la integración simultánea de diversos universos o niveles para una auténtica comprensión del fenómeno. En el caso de habla polémica de debate, por ejemplo, es preciso tomar en consideración a un mismo tiempo al menos los siguientes datos: el turno de habla en el que el rasgo que se analiza se ha producido, el carácter de dicho turno, su ubicación relativa en una secuencia de intervenciones, la posición que adopta con respecto al objeto del debate, la autoridad o carencia de ella en el autor del turno, así como las indicaciones que sea posible recoger sobre la recepción inmediata que ese texto tuvo en su momento (presencia o ausencia de interrupciones, por ejemplo, o aplausos). En todos los casos, diría, la información que es relevante para la interpretación de los datos se genera por medio del mismo análisis al cual éstos se someten, a la vez que sirve para alimentar el análisis desde diferentes ángulos y en diferentes niveles.<sup>15</sup>

<sup>15</sup> En una entrevista de 1972, Jakobson nos ofrece la siguiente reflexión: "Entonces, ¿teoría o trabajo concreto sobre los hechos? Detesto esa pregunta tanto como la otra: ¿descripción o interpretación? Para mí, la separación es imposible. Nunca admitiría un divorcio entre teoría y análisis de los hechos. Son dos cosas que no pueden existir solas (...) Toda descripción real es necesariamente interpretativa y una interpretación sin una descripción no es ..." (Jakobson 1992:37).

El objetivo no es hallar huellas de ese conocimiento que podríamos llamar extralingüístico en los productos verbales, sino a la inversa. Observando los materiales desde una concepción de los fenómenos discursivos como prácticas materiales que están verbalmente construidas y son socialmente significativas, la información requerida para la explicación de los datos comienza a producirse a medida que el análisis procede. El analista se obliga a responder las preguntas que él mismo se formula. Al respecto, por cierto, no podría insistir lo bastante en la función crucial que en ese proceso desempeña la atención a la estructura sintáctica de los fenómenos que se analizan, proyectada sobre el fondo de un horizonte discursivo para ese lugar de habla en ese tiempo particular, al que las reiteradas lecturas del material han vuelto familiar para el analista; y sobre el cual éste aplica su sensibilidad de hablante y de lingüista.

Todo ello configura un tratamiento analítico cualitativo del objeto de análisis, acercamiento en el cual el reemplazo de la capacidad de apreciación del analista por procedimientos automatizados de análisis no es una operación necesaria ni aconsejable. Creo preciso superar la restricción que para los estudios del discurso implicó su alejamiento del espacio confuso y conflictivo de la lengua tal como se produce y se usa, y su encierro metodológico en el clima artificial de unos materiales cuidadosamente recortados y normalizados. De hecho, es imposible imponer a la compleja realidad discursiva que nos rodea las fronteras exactas y apacibles que una metodología preocupada por la homogeneidad y las certidumbres podría necesitar. Son numerosos los fenómenos de construcción del sentido (la sutil materialidad de los procesos significantes) de los cuales el análisis y no sólo la teoría ha de poder dar cuenta. El esfuerzo es diseñar, en las diversas instancias del método, la manera de honrar, con una escucha de aproximada delicadeza, la complejidad de los fenómenos que desde el discurso nos hablan.

*Tanto Fernando Castaños como Víctor Franco sacaron a colación el tema —inevitable— de la científicidad posible de este enfoque y de sus resultados.*

*Fernando me sugería argumentar el mérito de la lectura como una evidencia que se ofrece a refutación; el leer sería lo público, que se acompaña del dato (el material leído o, para el caso, analizado) para cotejo de quien sea, y que, en consecuencia, se encontraría cercano a los procedimientos de las ciencias llamadas duras. Unido a esto, planteaba la posibilidad de reaplicación del método, condición obvia para la prueba de un argumento. Ese mismo punto fue formulado por el doctor Robert Hodge en mi examen de grado en El Colegio de México.*

*Al igual que entonces, sigo sin saber qué responder. Ciertamente estoy convencida de que una lectura como la que practico, con el conjunto de controles que la acompaña y que aquí no he podido desarrollar en detalle (como mínimo, el establecimiento sistemático de niveles, unidades y procesos), es un acercamiento metódico y no un libre ejercicio interpretativo. Creo, desde luego, que el enfoque es repetible; yo misma lo he aplicado sobre materiales diferentes y en variados niveles de profundidad.*

*Sin embargo, subsiste la pregunta de si la lectura, precisamente con su particular riqueza iluminadora de los fenómenos verbales, es un método a secas, cuyos resultados tendrían que ser por principio homogéneos. De hecho, no puedo menos que evocar la asociación insistente que Raúl Quesada establece en el artículo que cito, entre lectura e ignorancia. Por lo demás, no retomo en realidad nada de la riqueza de su texto, sino que lo cito fragmentariamente, tal como el fetichista que él allí mismo describe. Tampoco están aquí presentes las delicadas reflexiones y notas analíticas de Carlos Pereda en "Historia explicativa y lectura argumentada" (1994). Todo ello habré de hacerlo, sin duda. Por el momento diré que sólo más ejemplos de esta práctica*



metodológica que, por lo demás, recomiendo con fervor, nos alejarán de ese estado de "caja negra" ante el tema de la lectura y su posibilidad de generar estructuras significativas compartidas.

Víctor, por su parte, me planteaba la demanda de formular, con base en este enfoque, una versión estricta (científica) del discurso parlamentario mexicano en relación con otros discursos del mismo género. Sin duda, puedo caracterizar ese discurso entre otros de semejante naturaleza, aunque mi trabajo no se propuso una dimensión comparativa con otros regímenes políticos y jurídicos. Empero, su observación nos lanza al complejo campo de las tipologías.

Por mi parte, y ello es obvio a la luz de la manera en que interpreto la sintaxis y el papel analítico que le asigno, creo que es imposible establecer tipos de discursos. Encuentro una solución en el concepto de género (al respecto, puede verse Hodge 1990) que en mi óptica sería del mismo orden que el concepto de discurso; esto es, instancias de construcción significativa que no se agotan en el espacio de la lengua sino que presuponen, además, un componente del territorio que, económicamente, podemos llamar extralingüístico.

En ese caso, los distintos géneros discursivos se caracterizarían por presentar, cada uno, combinaciones o constelaciones diferentes de rasgos constructivos. Esos rasgos provendrían de un repertorio común que es el campo, de hecho ilimitado aunque no infinito, de las posibilidades significantes de la lengua en uso entre los hombres en sociedad. El discurso parlamentario mexicano compartiría así ciertos rasgos y no otros con el discurso parlamentario norteamericano, por ejemplo. Es interesante pensar que, en ese caso, el resto, el residuo de lo que no es compartido, marcaría el perfil singular de cada realización. El tema, desde luego, está abierto.

Otros puntos sugerentes en sus respectivas lecturas de este texto fueron, para el caso de Fernando, el de la relación argumental que es posible establecer entre mi manera de presentar la sintaxis y el tema del contexto.

En mi trabajo, como Fernando sabe aunque este artículo no lo dice explícitamente, el contexto o, en términos más precisos, el conjunto de las condiciones de producción del hecho discursivo, no desempeña una función de relleno o argamasa, sino que es sometido a un análisis (en términos de estructura, nivel y unidad) de naturaleza homóloga al que se aplica a los textos strictu sensu. Sin embargo, dice Fernando (de lo que acuso recibo parcial en la nota 6), al no desarrollar el tema y, al mismo tiempo, al insistir en hablar de sintaxis solamente cuando de hecho me estoy moviendo también en el campo de la semántica y la pragmática, mi trabajo parece situarse preferentemente en el polo de lo que se conoce como "texto", creando el efecto inmediato de una complementaria noción convencional de "contexto". Digo que tiene toda la razón.

Víctor, por su parte, cuestionó la identidad de mi tratamiento de los materiales escritos y orales. Además de decir en mi descargo, como era de prever, que ello no está suficientemente desarrollado en esta versión de mi trabajo, y que la identidad no es tal sino sólo semejanza, reconozco la importancia del tema y el carácter hasta cierto punto reactivo de mi postura dentro del curso histórico del análisis de discurso.

Como es sabido, la versión inicial (francesa) se centraba predominantemente (de hecho, con exclusividad) en materiales escritos, de archivo. Por otra parte, la veta anglohablante del análisis de discurso se inclinó desde el principio hacia el análisis de materiales orales, de preferencia recogidos en contextos así llamados naturales. Las dos líneas desarrollaron, además, marcos teóricos y metodológicos casi por completo diferentes. En contra de esta tajante división de objetos y de enfoques es que se ha dirigido mi postura, en la que los productos orales y escritos que forman parte de un mismo proceso discursivo son sometidos a interrogaciones más o menos semejantes, pensando sobre todo en la incidencia de las mismas condiciones de producción. El tema de la oralidad en el caso del discurso parlamentario

asume aspectos particulares puesto que es un desempeño oral que se sabe destinado al registro escrito íntegro y literal. Ello no excluye el interés de la diferencia sustancial que existe entre oralidad y escritura.

Muchos otros temas quedarán para una discusión posterior. Aquí consigno mi agradecimiento ante tan feliz manera de practicar la vida académica y la amistad.

## Referencias bibliográficas

- Achard, P. et al. (eds.) (1983), *Histoire et linguistique*. París: Editions de la Maison des Sciences de l'Homme.
- Barthes, R. (1970), "El discurso de la historia", en: *Estructuralismo y literatura*. Buenos Aires: Nueva Visión, pp. 35-50.
- (1983), *El grano de la voz*. México: Siglo XXI Editores.
- (1986), *Lo obvio y lo obtuso*. Barcelona: Paidós Comunicación.
- (1987), *El susurro del lenguaje*. Barcelona: Paidós Comunicación.
- Benveniste, E. (1976, 1977), *Problemas de lingüística general I y II*. México: Siglo XXI Editores.
- Carbó, T. (1984), *Discurso político: Lectura y análisis*. México: CIESAS.
- (1988), "La escenificación discursiva de una paradoja: Los grupos étnicos en el contexto de la Segunda Guerra Mundial". *Discurso*, 9, 63-79.
- (1989), "Acerca de la literalidad como fascinación", en M. Piccini (ed.), *La imagen del tejedor. Lenguajes y políticas de la comunicación* (pp. 99-124). Barcelona: Gustavo Gili.
- (1992), "Towards an interpretation of interruptions in Mexican parliamentary discourse". *Discourse & Society*, 3 (1), 25-45.
- (1995), *El discurso parlamentario mexicano entre*

1920 y 1950. *Un estudio de caso en metodología de análisis de discurso*. México: CIESAS/El Colegio de México.

- (en prensa). "Who are they? The rhetoric of institutional policies towards the indigenous population in post-revolutionary Mexico", en S. Riggins (ed.), *Others in discourse*. Sage.
- Carbó, T., V. Franco, R. de la Torre y G. Coronado (1987), *Una lectura del sismo en la prensa capitalina*. México: CIESAS.
- Conein, B. y M. Pecheux (1982), "L'analyse de discours face aux matériaux sociologiques", *Ms.*, México (X Congreso Mundial de Sociología, RC 25, Sesión 11: *Epistemological and methodological problems of sociolinguistic theory construction and research*), 25 pp.
- Conein, B. et al. (eds.) (1981), *Matérialités discursives*. Lille: Presses Universitaires de Lille.
- Harris, Z. (1952), "Discourse analysis". *Language*, 28 (1), 1-30.
- Hodge, R. (1990), *Literature as discourse*. Cambridge: Polity Press.
- Hodge, R. & G. Kress (1988), *Social Semiotics*. Cambridge: Polity Press.
- (1993), *Language as ideology*. Londres: Routledge.
- Jakobson, R. (1976), *Nuevos ensayos de lingüística general*. México: Siglo XXI Editores.
- (1981), *Selected writings*, Vol. III, *Poetry of grammar and grammar of poetry*. La Haya: Mouton.
- (1992), "Acerca de la poesía futurista: Entrevista con Tzvetan Todorov y Jean José Marchand", *La Jornada Semanal*, núm. 162, 19 de julio, pp. 31-37.
- Jitrik, N. (1984), *La lectura como actividad*. México: Premiá Editora.
- (1987), *Lectura y cultura*. México: UNAM.
- Langages*, revista trimestral. París: Didier-Larousse.
- (1969), núm. 13, *Analyse du discours*, J. Dubois y J. F. Sumpf (eds.).
- (1971), núm. 23, *Le discours politique*, L. Guespin, J. B. Marcellesi, D. Maldidier, D. Slakta (eds.).

- (1975), núm. 37, *Analyse du discours, langue et idéologies*, Michel Pecheux (ed.).
- (1976), núm. 41, *Typologie du discours politique*, Louis Guespin (ed.).
- (1978), núm. 52, *Analyse linguistique du discours jaurésien*, G. Chaveau (ed.).
- (1979), núm. 55, *Analyse de discours et linguistique générale*, J. M. Marandin, Y. Lecerf y J. Sumpf (eds.).
- (1981), núm. 62, *Analyse du discours politique (Le discours communiste adressé aux chrétiens)*, J. J. Courtine (ed.).
- Maldidier, D. (1971), "Le discours politique de la guerre d'Algérie", *Languages*, 23, pp. 57-86.
- Pecheux, M. (1978a), *Hacia el análisis automático del discurso*. Madrid: Gredos.
- (1978b), "Are the masses an inanimate object?", en: D. Sankoff (eds.), *Linguistic variation. Models and methods*. Nueva York: Academic Press, pp. 251-266.
- (1980), "Remontémons de Foucault a Spinoza", en: M. Monteforte Toledo (ed.), *El discurso político*. México: Editorial Nueva Imagen y UNAM, pp. 181-200.
- (1981), "L'énoncé: enchassement, articulation et déliaison", en: B. Conein et al. (eds.), *op. cit.*, pp. 143-148.
- (1983), "Role de la mémoire", en: P. Achard et al. (eds.), *op. cit.*, pp. 261-267.
- (1984), "Sur les contextes épistémologiques de l'analyse de discours", en *MOTS* 9, octubre, pp. 7-17.
- Pecheux, M. y J. Wesseliuss (1973), "A propos du mouvement étudiant et des lutes de la classe ouvrière: 3 organisations étudiants en 1968", en: R. Robin (1973), *Histoire et linguistique*. París: Armand Colin, pp. 245-260.
- Pereda, C. (1994), *Razón e incertidumbre*. México: Siglo XXI Editores. ("Historia explicativa y lectura argumentada", pp. 95-107).
- Pomorska, C. (1980), *Lingüística, poética, tiempo. Con-*

*versaciones con Roman Jakobson*. Barcelona: Editorial Crítica.

- Quesada, R. (1993), "Leer". *Discurso*, 14, 1-20.
- Slakta, D. (1971), "Esquisse d'une théorie léxico-sémantique: Pour une analyse d'un texte politique". *Languages*, 23, pp. 87-131.
- Tinianov, J. & R. Jakobson (1970), "Problemas de los estudios literarios y lingüísticos", en: T. Todorov (ed.), *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*. Buenos Aires: Ediciones Signos, pp. 103-105.
- Verón, E. (1971), "Ideología y comunicación de masas: la semantización de la violencia política", en: E. Verón et al., *Lenguaje y comunicación social*. Buenos Aires: Nueva Visión, pp. 133-191.
- Villavicencio, F. (1995), "La subjetividad en el orden de palabras en español", Ms., Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, El Colegio de México, 27 pp.
- Zires, M., R. Mier y M. Piccini (1991), "Figuraciones: las culturas y políticas de la modernidad: Conversación con Néstor García Canclini". *Versión*, núm. 1, octubre, pp. 11-42.